



XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

11 de septiembre de 2022

ANIMADOR: Comenzamos esta celebración en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.... **R/ Amén.**

La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo, esté con todos vosotros. **R/ Y con tu Espíritu.**

MONICIÓN DE ENTRADA

Nos reunimos con alegría en este domingo en torno al altar. Toda nuestra vida, todo nuestro tiempo, durante la semana, debemos vivirlo alabando a Dios y con acción de gracias. ¿Por qué, entonces, nos reunimos el domingo? Porque Él mismo lo ha santificado y lo ha hecho “su día” para que podamos vivir un día de relación más intensa, más íntima con él. Es Él quien nos invita, es Él quien nos reúne para participar de su misma alegría, como nos anuncia hoy el evangelio. ¡Qué grande es nuestra vocación de cristianos! Vivamos con fe, alegría y esperanza esta celebración.

[CANTO]

ACTO PENITENCIAL

Confianto en la misericordia de Dios, que no se cansa de buscarnos y perdonarnos, decimos:

Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante vosotros hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, Nuestro Señor.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

GLORIA

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los hombres
que ama el Señor.
Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos, te glorificamos,
te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso.
Señor, Hijo único, Jesucristo.



Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre;
Tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra suplica;
tú que estás sentado a la derecha del Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor,
sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.
Amén.

ORACIÓN COLECTA

Míranos, oh, Dios, creador y guía de todas las cosas, y concédenos servirte de todo corazón, para que percibamos el fruto de tu misericordia.

Por Jesucristo, Nuestro Señor.

R/ Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lectura del libro del Éxodo (32, 7-11.13-14)

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”». Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo». Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: “Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre”». Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.



Salmo responsorial Sal 50, 3-4.12-13.17.19

R. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.

R/. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado. **R/. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.**

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu. **R/. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.**

Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza. Mi sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. **R/. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre.**

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1,12-17)

Querido hermano: Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.

Se invita a ponerse de pie. [Canto del Aleluya]

EVANGELIO:

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (15, 1-32)

EN aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los



pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta». También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. El padre le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Palabra del Señor

R/ Gloria a Ti, Señor Jesús



Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

XXIV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO–CICLO C- LUCAS (15, 1-32)

De la Palabra de Dios en este domingo se desprende un sentimiento consolador: Dios es, por encima de todo, el misericordioso. La escena del Éxodo, que narra la primera lectura, es emocionante. Dios tenía motivos más que sobrados para rechazar a aquel pueblo “de dura cerviz”, al que tanto había mimado y del que sólo recibía desaires. ¿Cómo no se daban cuenta de que no fue aquel “becerro de oro”, que ellos mismos habían fabricado, quien les sacó de Egipto y les liberó de la esclavitud? A aquellos hombres les parecía demasiado arriesgado confiar su suerte a un Dios al que no podían ver y prefirieron fabricarse un ídolo que, por ser “obra de sus manos”, pudieran controlar y pretender que hiciera lo que ellos quisieran. También nosotros, en algunas ocasiones, sentimos la tentación de pedir a Dios que haga nuestra voluntad, en lugar de estar dispuestos a hacer nosotros la suya. En aquella ocasión, la súplica intercesora de Moisés, recordando la alianza que Dios había hecho con sus padres en la fe, fue un prodigio de confianza por parte de Moisés y de fidelidad por parte de Dios, que se arrepintió de la amenaza que había pronunciado.

En la carta que escribió Pablo a su discípulo Timoteo, daba gracias a Dios porque él mismo había experimentado ese amor misericordioso de Dios: «Yo antes era un blasfemo —escribe, recordando su vida antes de ser cristiano—, un perseguidor y un violento, pero Dios tuvo compasión de mí». Y añade: «Por eso, podéis fiaros y aceptar sin reservar lo que os digo: Que Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores». Después de esta confidencia, ¿quién se atreverá a poner en duda que Dios nos ama como nadie nos ha amado?

Por si todo lo anterior fuera poco, el evangelista Lucas ha agrupado tres parábolas entrañables, en el capítulo 15 de su evangelio. Las tres fueron dichas por Jesús en unas circunstancias particularmente delicadas: los fariseos y letrados murmuraban porque Jesús permitía a los pecadores que se acercasen a escucharle, y, en lugar de poner distancias entre él y los “malos”, desveló a aquellos que se consideraban “justos” cuánta alegría tiene Dios por encontrar al que está perdido. Las parábolas de la oveja y de la moneda perdida comparan a Dios con aquella mujer de pocos recursos que logra encontrar la moneda que ha perdido y se alegra tanto que lo cuenta a gritos a sus vecinas... Y el padre bueno de la tercera parábola no puede menos de replicar, ante la dureza del hermano mayor que no quiere recibir al que se ha ido de casa: «Deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado».

Estas parábolas son una advertencia a los que se creen mejores y piensan: ¿para qué me he esforzado por ser bueno, si Dios también perdona a los que no lo son? Éstos quisieran



que Dios tuviera una aduana más rigurosa y obligara a todos a pagar un peaje para entrar en su Reino, sin darse cuenta de que el Reino es don y regalo que Dios hace a todos.

Pero, entenderíamos mal la misericordia de Dios, si confundiéramos la cercanía de Dios hacia los pecadores con la camaradería que lo soporta todo. Dios no es apático ni le importa lo mismo el bien que el mal, la justicia que la injusticia. No es un padre bonachón —el “buen Dios” —, que hace la vista gorda ante nuestras maldades y negligencias. A Dios le duelen nuestros pecados, porque siempre provocan dolor y sufrimiento en la vida humana, sobre todo en los inocentes. Por eso, la misericordia siempre está vinculada, en el Evangelio, con el cambio de actitud y de comportamiento en los que la reciben. Misericordia y conversión van unidas; la conversión es la reacción agradecida de quien ha sido acogido y perdonado. Como Zaqueo o la pecadora que le lavó los pies con sus lágrimas. Ante el comportamiento de Dios con nosotros no podemos menos que exclamar con el poeta profundamente agradecidos: «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?»

Pedro Escartín Celaya

Nos ponemos de pie y juntos recitamos el Credo, el fundamento de nuestra fe:

Credo de los Apóstoles

Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Con la certeza de que todo ha sido ya vencido en Él y por Él, supliquemos al Señor. Repetimos después de cada petición: “*Te rogamos, óyenos*”.

1.- Por el Papa Francisco, por nuestro obispo Ángel, por nuestro párroco, los sacerdotes y por toda la Iglesia, fortalécenos y guárdanos en la unidad, roguemos al Señor: **R/** “*Te rogamos, óyenos*”.

2.- Por los gobernantes de nuestro país y de todo el mundo, que sean artífices de justicia y de paz, roguemos al Señor: **R/** “*Te rogamos, óyenos*”.



3.- Por todos los pueblos de la tierra que sufren el drama de la guerra, por los refugiados, los inmigrantes, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.

4.- ¡Señor, envía obreros a tu mies!, especialmente te lo pedimos para nuestra diócesis: que muchos jóvenes descubran la verdadera alegría, dando su vida en el sacerdocio o en la vida consagrada, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.

5.- Te pedimos por todas las familias, por nuestros vecinos y por todos aquellos que hoy necesitan especialmente nuestra oración, roguemos al Señor: **R/ “Te rogamos, óyenos”**.

Dios de bondad, acoge nuestras súplicas y bendice nuestros hogares y nuestra comunidad. Por intercesión de Santa María, madre de tu Hijo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. **R/ Amén.**

Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

[Finalizada la oración de los fieles, el animador de la comunidad toma la reserva Eucarística y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. Mientras tanto se puede entonar un CANTO]

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor...

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Gracias, Señor por habernos alimentado con tu Cuerpo y con tu Palabra. Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios: no desprecies nuestras súplicas en las necesidades, más líbranos siempre de todos los peligros. ¡Oh Virgen gloriosa y bendita!

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna. **R/ Amén.**

Bendigamos al Señor.

R/ Demos gracias a Dios.